

solo como yo... ¡Ven!... ¡No nos separaremos ya!

XIX

Lugano.

Es inútil describir la alegría que reinaba en la casa de la avenida de Messina, los cuidados que se prodigaban á la desgraciada joven, la ternura en que se encontraba envuelta, por decirlo así, por aquella madre tan largo tiempo privada de la dicha porque tanto había suspirado.

Inútil es también afirmar que Aurora tenía una herida abierta en el corazón, de curación difícil, sino imposible.

No sabían cómo distraerla de tantos recuerdos penosos.

Sus deseos eran órdenes para su madre y para el conde Brancurt, más que nunca asiduo para con Magdalena, su consejero y su amigo más querido.

El coronel se había apoderado sin esfuerzo del alma de Aurora.

A él era, sobre todo, á quien tomaba por confidente, á quien confiaba sus más secretos pensamientos.

Se mostraba con ella tan cariñoso, tan indulgente, tan verdaderamente tierno y afectuoso, que no se encontraba satisfecha y tranquila más que al lado de él.

Después del esfuerzo de valor que había hecho, había venido la reacción.

De cuando en cuando caía en una especie de

postración moral y lágrimas involuntarias rodaban por sus mejillas.

El excelente doctor Chambry, de paso en París, y otro médico amigo de la casa, consultados en secreto, aconsejaron un viaje, y cuando se le propuso á Aurora, se inclinó al oído del coronel y le dijo.

—Quisiera ver Lugano y la villa en que nací, pero que nos acompañéis vos.

Seis semanas después de los acontecimientos que acabamos de narrar, la villa Milton, silenciosa de ordinario, había recobrado la animación de sus buenos días.

Eran las cuatro de una hermosa tarde de primavera.

El coronel de Brancurt había manifestado el deseo de dar un paseo por los alrededores.

Lo hacía más bien por distraer á los huéspedes de la señorita de Arvil que por él mismo.

Un *break* de alquiler, tirado por cuatro caballos, estaba parado delante de la verja de la villa.

Tres mujeres se presentaron en el perron precedidas del coronel.

Aquellas tres mujeres, eran la señora Chagny, su tía y Elena de Solmes, cuya salud bastante débil aún, comenzaba á fortalecerse.

Estaba vestida de negro, muy pálida, con una expresión de tristeza esparcida en su cara.

—¡Vamos! ¡ánimo!—la dijo cariñosamente el coronel.

—¡Qué bueno sois!—contestó ella.

El coronel la ayudó á subir al *break*, buscando al mismo tiempo con la vista, alguien que le faltaba.

—¡Aurora! llamó.

No fué la joven quien le contestó, sino Ada, la mujer de Jacobo Trotti.

Allí estaban los dos, viejos ya; pero bien conservados.

La italiana, sobre todo, estaba más morena que nunca, pero ligera como un pájaro y alegre como á los veinte años.

Magdalena de Arvil, al comprar la villa Milton, había conservado aquellos dos servidores que se mostraban tan decididos por ella.

El marido desempeñaba las funciones de jardinero, portero, cochero, mozo de cuadra y en caso necesario de cocinero.

Ada acudió preguntando:

—¿Excelencia?

—¿La señorita Aurora?—preguntó el conde.

—La señorita acaba de partir para Lugano.

—¿Sola?

—No, acompañada de Brígida. Jacobo es quien las conduce.

—¿En su charret?

—Sí, excelencia.

—¡Ah! nos ha abandonado. ¡Pues bien, decidla que la voy á tirar de las orejas, Ada.

—La señorita ha dicho que no quería dejar á la señora sola toda la tarde.

Ada llamaba ahora señora á Magdalena porque la veía acompañada de una joven, de la que confesaba casi con orgullo ser madre.

Ada añadió:

—Tal vez la encontréis en el camino, excelencia.

El coronel renegaba, pero solo por fórmula, porque todo lo que hacía Aurora le parecía admirable.

Montó en el break sonriendo á Magdalena que agitaba su pañuelo desde una de las ventanas de la villa.

Tres pañuelos la contestaban desde el carruaje.

Los cascabeles de los cuatro caballos sonaban á porfía y el coche se alejó al trote largo en dirección á la ciudad.

Magdalena oyó el coche que se alejaba, entró en su habitación, dió algunas ordenes á los criados y bajó al jardín.

Llegó hasta el emparrado donde había estado sentada, adormecida por el calor, en el momento en que su prometido había entrado en el parque.

Y al encontrarse de nuevo allí, se dijo:

—Aquí fué donde se arrojó á mis piés para suplicarme que le perdonara la horrible sospecha que había atravesado su espíritu un segundo: aquí fué donde trató de consolarme con tanta ternura: que me pedía que tuviese fe en él, que consintiera en ser su mujer, jurándome querer á esa hija que por fin he encontrado.

Y su corazón se oprimió horriblemente al recuerdo de su propia crueldad.

Había rechazado al amigo de su infancia, y entonces...

Al recordar el desenlace de aquella entrevista, al pensar en el drama del hotel de Belvedere, se estremecía.

Poco á poco se adormeció, por el calor vivificador de la primavera y el perfume de los naranjos, las rosas y las mil flores de que el parque estaba lleno.

Cayó en un sueño profundo.

En aquel momento, dos hombres seguían, cogidos del brazo, el camino que va de Lugano á la villa Milton y á la aldea de Mélide.

Tanto el uno como el otro parecían preocupados y avanzaban en silencio.

Uno de ellos llevaba en el ojal de la americana azul marino la roseta de la Legión de Honor. Era Jaime Fugeret.

El otro era Piriac.

Como se acercaban á la villa, éste dijo con cierta vacilación:

—¿De modo que quieres verla?

—Sí.

—¿Qué vas á decirle?

—¡Qué sé yo! Todo lo que tengo en el corazón.

—¿Y qué esperas?

—Ni aun me atrevo á pensarlo.

—Sin embargo...

—Pues bien, sí—dijo por fin el general,—quiere esperar. He sido un gran culpable, lo sé. Nadie será para mí tan severo como yo mismo. Pero he hecho lo que he podido para vindicarme. Y, además, esa encantadora criatura, que es mi hija y que me quiere, intercederá por mí, estoy seguro... ¿Y esa madre, que la adora y á quien Dios ha permitido que yo se la devolviese, puede negarla nada? ¡Ah, amigo mío, si cede á mis súplicas, qué alegría!

Piriac guardaba silencio.

Ya veían los tejados de la villa Milton por encima de los bosques.

—Allí es—dijo el general.—He venido ya dos ó tres veces y me he vuelto sin atreverme á entrar; pero esta vez estoy decidido á no retroceder.

Piriac le estrechó la mano.

—Ve, puesto que lo quieres—dijo—y que Dios te oiga, en el camino me encontrarás, por aquí te espero.

Se separaron.

Piriac se sentó á la sombra de un olmo corpulento á la orilla del lago.

El general se dirigió hacia la villa Milton. La verja estaba abierta.

Entró y dió algunos pasos en el pequeño parque en busca de un criado á quien poder preguntar. No vió á nadie.

Indeciso iba á retirarse, y buscaba la campanilla para llamar cuando se fijó en que en la entrada del emparrado había el rastro de un vestido.

Alguien debía estar allí.

Ella tal vez.

Avanzó despacio.

Apenas había dado algunos pasos cuando se detuvo con el corazón palpitante.

Magdalena, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos caídos, parecía profundamente dormida.

Jaime Fugeret se quedó extasiado, petrificado delante de ella.

Estaba aun más hermosa y más admirable que él se la figuraba en su sueño.

Entre sus labios entreabiertos formaban sus dientes dos filas de perlas de un perfecto esmalte, sus largas pestañas hacían más mate y más blanca su piel, de una extremada delicadeza de tono; su corpiño entreabierto dejaba desnudo un cuello de una forma incomparable.

Un estremecimiento de deseo agitó al desgraciado.

¡Aquella mujer había sido suya!
Pero para obtenerla había cometido un crimen.

El silbato de un vapor que se paraba delante de la aldea de Mélide despertó á la durmiente.

Abrió los ojos y se estremeció al ver en la sombra á un desconocido.

Cerró á toda prisa su peinador, y se incorporó.

Pero el general dijo con voz conmovida:

—No temáis nada, soy yo.

—¡Vos, general!

—Deseaba veros, hablaros... Supe que estabais en Lugano... con vuestra hija... He venido.

Magdalena se había rehecho.

Le preguntó:

—¿Dónde estáis?

—En el hotel de Belvedere.

Elena hizo un movimiento de sorpresa.

Había sido en aquel mismo hotel donde se había alojado el vizconde de Bures.

El general dijo:

—En el hotel me han dicho que viviais en esta villa, que es vuestra... He entrado... La verja estaba abierta... No encontré á quien preguntar por vos, y ya iba á retirarme, cuando vi que había alguien aquí... Erais vos. Me quedé inmóvil para no turbar vuestro sueño.

Magdalena le escuchaba con complacencia.

Le indicó una silla que había á pocos pasos de ella.

—¿Entonces—prosiguió Jaime con timidez—queréis recibirme... escucharme?

—¿Por qué no?

—¡Qué generosa sois!—murmuró.—¡Y cómo reconocer tanta bondad!

—Prosiguiendo vuestra carrera... con el corazón libre de remordimientos; no pensando más en el pasado, tan desolador y fúnebre, sino en el porvenir que os sonríe y en el presente que Dios nos ha hecho mejor á vos y á mí... gozando, en fin, de los honores tan merecidos, de vuestra gloria, general.

—¡Oh, la gloria!—exclamó Fugeret con desaliento.

Magdalena bajó la voz:

—Olvidad las horas sombrías de otros tiempos; he aquí lo que os pido en nombre de la sincera amistad que os ofrezco...

—¡Vos!

—De todo corazón, general—añadió,—porque yo sé reconocer todo lo que de grande y noble tiene vuestra conducta, y cómo habéis borrado lo que no pudo ser más que un instante de ceguedad, un minuto de locura!

—¡Ay de mí!—exclamó Joime Fugeret limpiando con su pañuelo el sudor que le bañaba la frente.

Magdalena, que le miraba con cordialidad, le vió suspirar con fuerza, vacilar un momento y levantarse, como para despedirse de ella.

Se dirigió, en efecto, con paso inseguro, hacia la entrada del emparrado.

Pero allí se paró, y volviéndose hacia Magdalena:

—Habéis hablado de amistad—dijo.—He oído salir de vuestra boca esta palabra, que debiera calmar mi alegría: «!Amigo mío!» Habéis tenido la generosidad de atribuir á un rasgo de locura mi infamia. Mi deber sería

arrojarme á vuestros pies, daros las gracias y obedeceros. ¡El honor y la razón así me lo ordenan! Pero os pido un favor supremo, el de oirme hasta el fin, y permitir que os descubra el fondo de mi alma. ¡Me creéis curado, tal vez, y os engañáis!... ¡Soy un insensato, como antes! Vos no podéis comprender los tormentos que he sufrido y que sufro aun. ¡Esa amistad que me ofrecéis, no colma mis deseos!... ¡Van más lejos, y eso es demencia! ¡Qué queréis! Desde hace veinte años, vos sois la estrella hacia que marchó sin esperanza de alcanzarla. ¡El crimen que hacía mas profundo el abismo que nos separaba, no ha hecho sino redoblar el ardor de una pasión incurable! Al oiros hablarle con tanta dulzura, me he dicho que vuestra bondad no tiene límites. Vuestras palabras me han devuelto locas esperanzas, y he tenido la debilidad de creer que mi infamia ha sido olvidada... Libre todavía, podéis disponer de vuestro porvenir y del mío. ¡No me atrevo á deciros hasta donde llegan mis esperanzas. Temo ofenderos y proferir una especie de blasfemia.

Se acercó á Magdalena, y añadió con voz temblorosa:

—Pero una fatalidad me impulsa á arrojar-me á vuestros piés y á dejaros entender lo que no me atrevo á decir sino temblando. ¡Elevad hasta el sacrificio de vos misma la sublimidad del perdón! ¡Dad á la criatura que Dios os ha devuelto por mi mediación el nombre de su padre! ¡Coronad con la más inesperada de las recompensas una vida de arrepentimiento y reparación! ¡Pensad que el amor que me ha perdido ha sido el único de mi excitencia, que

jamás he amado más que á la que me ha hecho criminal, y que no hay una sola gota de sangre que no esté dispuesto á derramar por vos. He dicho todo. ¡Mi destino está en vuestras manos! Sea lo que quiera lo que decidais, acataré vuestra decisión sin murmurar. Era preciso que os dijera lo que acabais de oír. Este era mi secreto y nadie lo conoce. ¡Me ahogaba! He concluido.

Magdalena estaba pálida como una muerta.

Toda su sangre afluia á su corazón.

No había hecho un movimiento.

Cuando el general concluyó de hablar fué cuando volvió en sí.

Entonces levantó los ojos hacia Jaime Fugeret y vió que las lágrimas corrian por las mejillas de este.

La expresión de sus facciones vibrantes por la pasión y el temor era tan visible; pudo ver ella tanto arrepentimiento, abnegación y respeto, que en un arranque instintivo, tendió la mano á aquel hombre tan fuerte delante de los otros y tan debil delante de ella.

Jaime se inclinó sobre aquella mano y la estrechó contra su corazón.

Y como Magdalena, también muy conmovida, entreabría los labios para darle la respuesta que él solicitaba, la dijo con voz suplicante:

—¡No, ahora no!... Reflexionad; pesad mis palabras, reconcentraos y preguntad si la expiación es bastante y si exigís otra!

Magdalena se estremeció.

Bajo aquellas palabras equívocas, pronunciadas con voz alterada, adivinaba la amenaza que habia oído ya veinte años antes, en aquel mismo sitio.

¿Era, pues, tan fatal su belleza que engendraba tales resoluciones?

—Sea—murmuró.—Esperaré... veré.

Permanecieron juntos algunos momentos, demasiado turbados para poder pronunciar una palabra.

Después acompañó al general hasta la verja.

En el momento de separarse de aquel hombre que tanto mal la había hecho y á quien no podía aborrecer, le abandonó de nuevo la mano y le estrechó la de él con una dulzura mezclada de piedad.

El pudo creerse en el colmo de la dicha, y se alejó sin atreverse á mirar de nuevo á la que acababa de hacer el árbitro de su vida.

A poca distancia de la villa encontró á su amigo Piriac.

Este, al ver al general, hizo un movimiento de sorpresa.

¿De qué podía provenir la alegría que veía en su cara y que le parecía inverosímil?

—Y bien—le preguntó con cierta inquietud,—¿la has visto?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué te diré, sino que tengo esperanzas!

—Sin embargo...

—La he dicho todo: mis pesares, mi desesperación al saber que era tan desgraciada, mis esfuerzos para reparar el pasado, la pasión que concluirá con mi vida...

—¿Ella te ha escuchado?

—Con paciencia angelical.

—¿Y después?

—Ella también se ha conmovido... Iba á contestarme... La he suplicado que espere... Yo

no hubiera tenido fuerzas para soportar mi alegría ó mi decepción.

—¿Y ahora qué hacemos?

El general no contestó.

Se cogió del brazo de su amigo y echaron á andar hacia Lugano.

A poca distancia de allí se encontró enfrente del ventorrillo donde Roberto de Bures había entrado al salir de la entrevista con Magdalena para escribir la carta tan llena de pasión, en la que la decía:

»¡Os he dicho todo! Espero mi sentencia. Contestadme con una sola palabra: sí ó no!»

La misma idea cruzó por la imaginación de Jaime Fugeret.

—Entremos—dijo.

—¿Para qué?

—¡Entremos!—repitió el general.

Y cuando estuvo instalado delante de una mesita, en la sombra de un macizo de adelfas, magnolias y limoneros, llamó.

Un camarero se presentó en seguida.

—Dadme papel y útiles para escribir—dijo el general.

—Bien, excelencia.

¡En esos países benditos del cielo qué de tratamientos se gana uno con unas cuantas monedas de plata!

Piriac le miraba con una especie de temor.

La exaltación de su amigo le daba miedo.

Se separó de él y fué á dar una vuelta por el jardín del ventorrillo.

Jaime Fugeret escribía entretanto.

En términos de un ardor creciente, con los esfuerzos de un desgraciado que defiende su vida, describía á Magdalena el estado de su

alma, enferma por la pasión fatal que ella le había inspirado desde su infancia.

Se acusaba de su falta, de su crimen; la decía todo, su terror de ser rechazado, las esperanzas tenaces á las que no renunciaría en su vida; la preguntaba qué era lo que debía hacer aún, para obtenerla.

Y terminaba diciéndole lo que su prometido la había dicho en otros tiempos.

«¡No me contestéis más que una palabra! Con una sola podéis reducirme á la desesperación ó abrirme el cielo. No podré vivir sin vos. He hecho todo lo que he podido por volverme á la razón! No puedo. Espero vuestra contestación en el hotel de Belvedere. Sea la que quiera vuestra decisión, no tendré para vos más que respeto y cariño.

»JAIME FUGERET.»

El general acababa esta carta y ponía el sobre, cuando una pequeña charrette inglesa entró en el patio del ventorrillo.

Un hombre se apeó de la charrette.

Era Jacobo, el factotum de la villa Milton, que quería hablar al dueño del ventorrillo y comprar algunas provisiones.

El general, que se levantaba, se encontró enfrente de dos mujeres que se apeaban.

Eran Aurora y Brígida.

La joven se arrojó al cuello del general y le dijo:

—¡He ido á Lugano con la esperanza de veros!

—¿Sabías?...

—Sí:

—¿Cómo?

—Vinistéis ayer... Brígida os vió... Yo salí corriendo... Estabáis ya lejos...

Murmuró al oído de Jaime Fugeret:

—¡Querido padre!

—¡Silencio!

—¡Os quiero mucho!

Se alejó con él y dieron algunos paseos por debajo de los árboles.

—¿Qué hacías?—le preguntó.

El general le enseñó la carta que tenía en la mano.

Aurora leyó el sobre.

—¡Ah! ¿Es para mi madre?—exclamó.

—Sí.

—¿Vais á enviársela?

—Sí.

—¿Qué la decís?

—Eso es un secreto.

—¿No debo yo conocerlo?

—No.

—¿Pero al menos, puedo encargarme de esa comisión?

—Si quieres...—murmuró el general entre-gándosele.—¡Pero ni una palabra!...

—¡Estad tranquilo!

—¡A nadie!

—¡No, á nadie!

Jacobo había terminado sus compras, y apareció.

—¿De modo que—preguntó Aurora al general—os volvéis á Lugano?

—Sí.

—¿Estaréis mucho tiempo?

—Algunos días.

—¿Os volveré á ver?

—Tal vez.

—Es preciso, yo lo quiero.

Aurora se arrojó á los brazos de su padre, quien la estrechó con transporte, murmurando á su oído palabras de ternura que solo ella oyó.

Aurora, Brígida y Jacobo, montaron en la charrett y ésta se alejó al trote largo.

XX

La pena del talión.

Magdalena de Arvil no se movió del sitio donde había tenido la entrevista con el general hasta mucho después de haber marchado éste.

La parecía vivir en una pesadilla.

Se veía colocada en la alternativa en que se había visto en otros tiempos.

O sacrificarse, ó condenar á muerte á aquel hombre tan enamorado de ella, que no le sería posible vivir si le rechazaba.

Así lo había comprendido por la vibración de su voz y el fuego de su mirada.

Magdalena era un alma delicada y tierna.

Se sentía profundamente conmovida por el grito de aquel amor que no era para Jaime Fugeret más que un tormento, del mismo modo que para ella no había sido más que la causa de desastres y de duelos.

¿Podía escuchar aquella súplica desesperada?

¿No existía un abismo infranqueable entre ella y el desgraciado que se arrojaba á sus piés?

¿Pero no existía también el lazo de que Jaime Fugeret la hablaba en otros tiempos como una amenaza y del que ahora no se atrevía ni siquiera aludir?

En una palabra, ¿no debía unirles Aurora?

¿Qué sacrificios no se hubiera impuesto su madre para darla un apellido, para elevarla á la categoría de hija legítima, para evitarla, en una palabra, que tuviera por qué ruborizarse, si alguien hacia alusión á su origen.

Incierta, turbada, sin saber qué hacer acababa de subir á su cuarto cuando oyó ruido de ruedas sobre la arena y ligeros pasos en el vestíbulo de la villa. Y casi en seguida llamaron á su puerta.

Abrió.

Entro Aurora.

Su madre la besó en la frente.

Aurora llevaba una carta en la mano.

Se la entregó á Magdalena sin decir una palabra, pero su mirada parecía dar á entender: — Tened piedad de él, os lo suplico.

Entonces la madre se sentó en un diván, atrajo hacia él á su hija y la preguntó:

—¿Quién te ha entregado esta carta? ¿El general Fugeret?

—¡Ah! ¿Sabéis?

—Sé que está en el país.

—¿Le habéis visto tal vez?

—En efecto, le he visto.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unas dos horas.

—¿Ha estado aquí?

—Un momento.

Aurora miró á su madre con atención.

—¿Qué aire tan triste tenéis!